HISTORIAS DE SAN JOAQUÍN

🌟📚 Sugerencia de uso pedagógico 📚🌟

🕰️ Una historia por jornada

Lee una historia al día a tus hijos, hijas o estudiantes.

💬 ¡A conversar!

Después de leer, conversen sobre lo que escucharon:

– ¿Qué entendieron?

– ¿Qué les gustó más?

– ¿Qué personaje les llamó la atención?

🎨 ¡A crear!

Invítalos a hacer un dibujo de cómo se imaginaron la historia.

✨ Esta actividad fortalece la comprensión lectora, la expresión y la creatividad. ✨

El canto que despertó al pueblo

El canto que despertó al pueblo

Cuento para niños

Había una vez una niña llamada Clara que vivía en un barrio lleno de árboles, flores y calles con historia. Un día, mientras paseaba con su perro Chispa, encontró un libro azul brillante tirado bajo un árbol. En la portada había una guitarra dibujada, y al abrirlo, las primeras palabras decían:

“El canto que despertó al pueblo.”

Clara, curiosa, se sentó en el pasto y comenzó a leer. Al instante, el viento sopló suave, las hojas susurraron y... ¡el parque empezó a cambiar!

Frente a ella apareció una figura de piedra que sonreía dulcemente. Era un hombre sentado con una guitarra en las manos. A su lado, otra escultura mostraba a un grupo de estudiantes mirando al horizonte con esperanza.

El hombre de la guitarra abrió los ojos, y aunque era de piedra, su voz era clara como el agua:

—Hola, pequeña. Soy Víctor, un cantor del pueblo. Cantaba para que la gente soñara, pensara, y sobre todo... ¡para que nadie se quedara callado cuando algo no era justo!

Clara lo miró asombrada. —¿Y esos chicos de allá?

—Son estudiantes —dijo Víctor—. Soñaban con un país mejor, con libros para todos, salud, respeto y alegría. Yo les cantaba mientras marchaban, y juntos llenábamos las calles de canciones.

Clara escuchó atenta mientras las estatuas seguían cobrando vida. Los estudiantes la invitaron a caminar con ellos, y al avanzar, el parque se llenó de colores, como si cada paso pintara el mundo de esperanza.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Clara.

Víctor bajó la mirada un momento y respondió con dulzura:

—Algunos no querían que cantáramos, ni que soñáramos. Pero, aunque intentaron callarnos... el canto siguió.

—¿Cómo siguió?

—Con cada niño que lee, con cada niña que pregunta, con cada joven que sueña. ¡Sigue contigo también! —le dijo sonriendo.

Clara apretó el libro entre sus manos y miró a Chispa, que movía la cola contenta.

Desde ese día, Clara leía el libro en voz alta en la plaza, para que otros niños también escucharan las canciones de Víctor y los sueños de los estudiantes.

Y en el viento, siempre se podía oír una guitarra suave, como un recuerdo que no se olvida.

Porque cuando un canto nace del corazón del pueblo...

nunca se apaga.

ANITA GOSSEN
Y LA ESCUELA PARA TODOS

Anita y un lugar para Tod@s l@s querid@s

En la población la legua existe un lugar lleno de vida, árboles y volantines, en ese lugar vivía una mujer muy especial llamada Anita Gossen. Tenía el cabello rizado, la mirada tierna y una idea clara en el corazón:

que todos los niños y niñas pudieran ir a la catequesis y a la escuela, sin importar si caminaban, rodaban o necesitaban ayuda para aprender.

Un día, mientras caminaba por la plaza, Anita vio algo que la dejó muy inquieta. Había una niña en silla de ruedas mirando desde la reja cómo otros jugaban en el recreo de la catequesis. La niña se llamaba Laura, y le dijo con tristeza:

—Me encanta esto, pero no puedo entrar. No hay rampa, y tampoco hay baño para mí.

—¿Y en la sala? —preguntó Anita.

—Tampoco. A veces no entiendo lo que dice la monitora, y nadie me ayuda —dijo Laura bajando la vista.

Esa noche, Anita no durmió. Se quedó pensando:

” ¿Cómo puede llamarse la casa de tod@s si deja a algunos niñ@s afuera?”

Desde entonces, comenzó a recorrer centros, hablar con profesores, vecinas y autoridades. Escribía carteles que decía:

¡Lugares inclusivos ahora!

Todos los niños tienen derecho a aprender juntos.

Y no solo hablaba, también actuaba. Reunió voluntarios, organizó rifas solidarias, habló en la radio y hasta logró que arquitectos jóvenes se ofrecieran a construir rampas y adaptar salas.

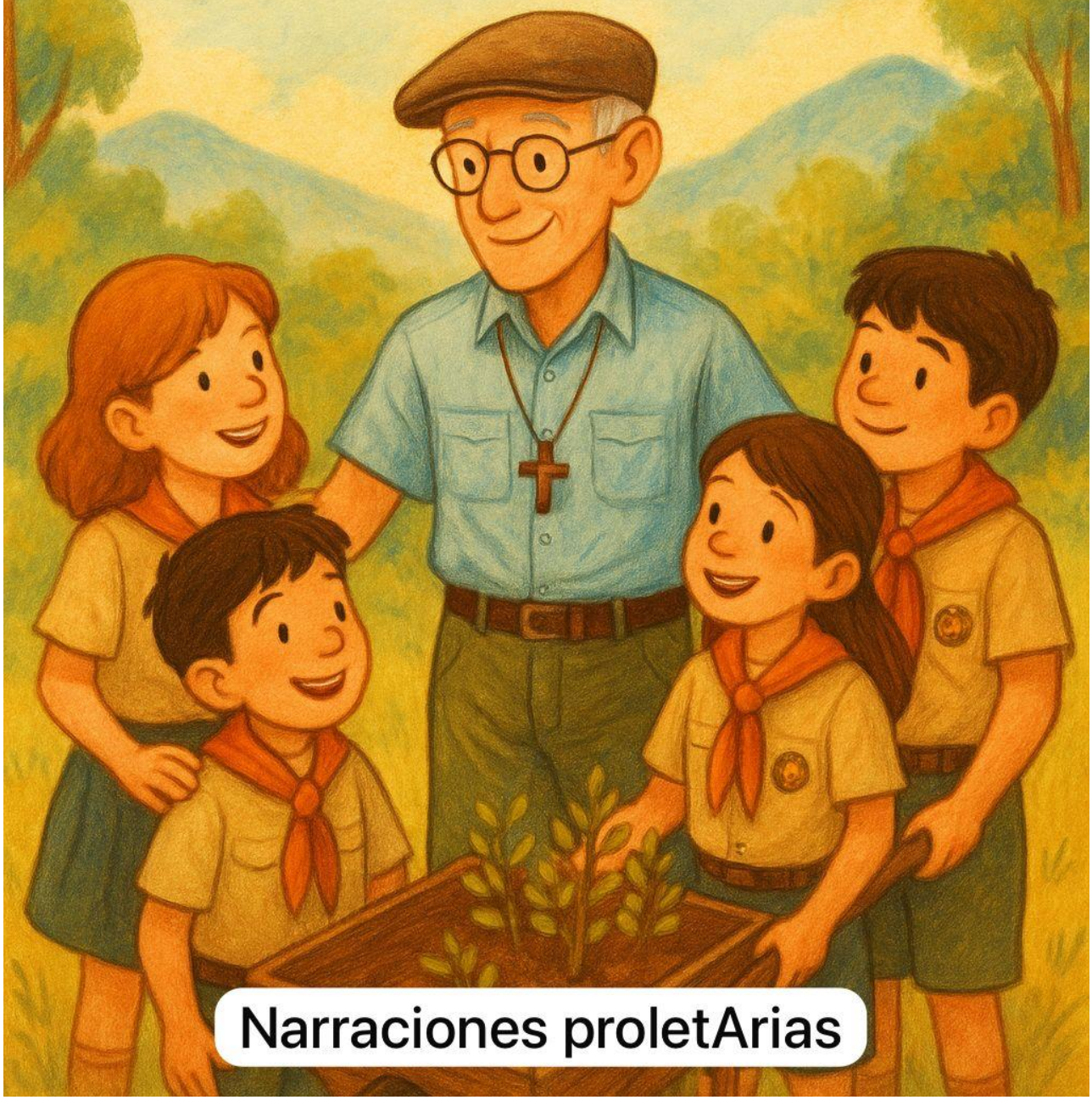
Así nació cristo especial un oasis dentro de la ciudad. Tenía colores en las paredes, juegos adaptados, sillas especiales, cuadernos con letras grandes y profesores que sabían enseñar con paciencia y cariño.

Un día, cuando Laura entró por primera vez a su nueva sala, sonrió tan grande que Anita supo que todo había valido la pena.

Y desde entonces, en ese barrio dicen que Anita no solo abrió puertas, sino que rompió muros invisibles para que todos pudieran aprender, jugar y soñar.

Guido Blanchet

Guido y el Campamento Mundo Ideal



Narraciones proletArias

“Guido y el Campamento Mundo Ideal”

Una historia de amistad, servicio y aventuras inolvidables

Había una vez, en un pueblito rodeado de montañas y árboles altos, un misionero muy querido por todos. Su nombre era Guido Blanchet, aunque los niños le decían simplemente “Padre Guido”. Tenía una sonrisa enorme, ojos que brillaban como el sol y siempre llevaba una mochila llena de mapas, canciones y cuentos.

Un día, Guido reunió a un grupo de niñas y niños del pueblo y les dijo con entusiasmo:

—¡Vamos a formar el grupo scout Mundo Ideal!

Los niños no sabían muy bien qué era eso, pero cuando Guido les explicó que sería una banda de amigos y amigas que ayudaban a los demás, protegían la naturaleza y aprendían cosas nuevas cada día, todos gritaron:

—¡Sí! ¡Queremos ser parte!

Así empezó la aventura.

Cada sábado, Guido los esperaba junto a una bandera hecha a mano que decía “Mundo Ideal”. Hacían caminatas por el bosque, aprendían a hacer nudos, a leer el cielo por las estrellas, y a cantar canciones con fogata

incluida. Pero lo más importante era que aprendían a escuchar, respetar, y ayudar a los demás.

Un día, durante una caminata larga, el cielo se llenó de nubes oscuras. Comenzó a llover muy fuerte, y algunos niños se asustaron. Guido los reunió bajo un árbol grande y les dijo con voz tranquila:

—No teman. Los scouts siempre estamos preparados y cuidamos unos de otros.

Con su capa impermeable, cubrió a los más pequeños y con su linterna, guio al grupo de vuelta al refugio. Nadie se mojó demasiado, y todos llegaron sanos y salvos. Esa noche, al calor del fuego, cada uno compartió algo que había aprendido.

—Yo aprendí que tener miedo está bien, pero también se puede ser valiente —dijo Tomás.

—Yo descubrí que ayudar a mis compañeros me hace feliz —dijo Lila.

Guido sonrió. En silencio, se dijo a sí mismo: “El Mundo Ideal no está lejos... se construye con pequeños actos de amor cada día.”

Pasaron los años, y muchos niños y niñas pasaron por el grupo scout. Algunos ahora son líderes, otros médicos, maestros o artistas. Pero todos recuerdan algo: las enseñanzas del Padre Guido y el sueño compartido de un Mundo Ideal donde cada persona cuida de la otra, del planeta y de sí misma.

Y aunque Guido ya no camina por los senderos del bosque, su espíritu sigue guiando a cada nuevo scout que se amarra la pañoleta con orgullo y corazón

SOL Y LLUVIA
LA BANDA QUE
CANTABA ESPERANZA

Sol y Lluvia: La Banda que Canta Esperanza

(Un cuento desde San Joaquín)

En un barrio de calles estrechas y ventanas siempre abiertas vivía Amaro, un niño que amaba dos cosas: la lluvia que cantaba en los techos de zinc y el sol que pintaba el suelo de luz.

Con sus hermanos, hacía tambores de ollas viejas y coreaban canciones inventadas.

Una tarde, el cielo se puso mitad gris, mitad dorado. Amaro sintió un trueno en el pecho y gritó:

—¡Voy a formar una banda! ¡Una que cante por los abuelos, los niños y la justicia!

Sus amigos del barrio San Joaquín aplaudieron la idea.

Así nació Sol y Lluvia. La llamaron así porque sus canciones brillaban como el sol y, al mismo tiempo, mojaban el alma como la lluvia.

Tocaron en la plaza del barrio, en la escuela y en actos donde la gente pedía paz y verdad.

—¡Un largo tour nos espera! —decían al subir a un viejo bus amarillo rumbo a Valparaíso.

—¡Para que nunca más nos quiten la voz! —

cantaban, y hasta los árboles se mecían con el ritmo.

A veces la lluvia caía tan fuerte que anulaba los conciertos, pero la gente igual los esperaba.

Para todos, Sol y Lluvia era un abrazo sonoro.

Con los años, cruzaron montañas y océanos para cantar en Canadá y Europa.

Sin embargo, siempre volvían a su raíz: San Joaquín, donde nació el sueño.

—¡Armas, vuélvanse a casa! —gritaba Amaro desde los escenarios.

Los niños aplaudían con ojos llenos de futuro, imaginando un mundo sin miedo.

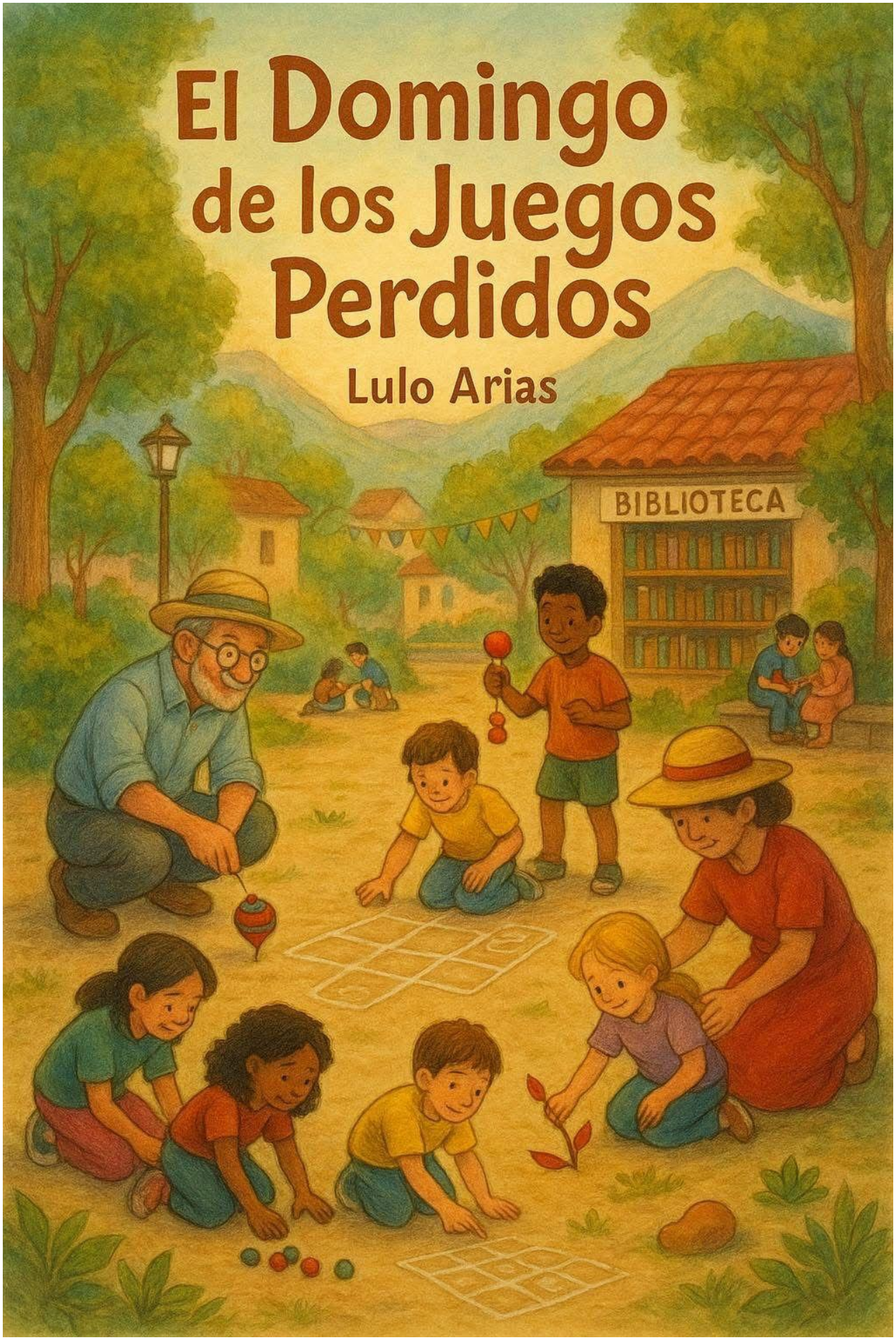
La banda creció: de tres a ocho corazones tocando juntos.

Sacaron un disco nuevo: Clima Humana, con canciones sobre cuidar la Tierra y respetarnos.

—Mientras haya sueños y justicia por conquistar, seguiremos cantando —dijo Amaro, ahora adulto, mirando al cielo mestizo de sol y nubes.

Hoy, desde Iquique hasta Punta Arenas, alguien enciende la radio y escucha a Sol y Lluvia.

En ese instante, sabe que nunca está solo: hay una banda que canta esperanza, y un niño llamado Amaro que sigue tocando su tambor de olla en cada latido del país.


El Domingo de los Juegos Perdidos
Lulo Arias
BIBLIOTECA

“El Domingo de los Juegos Perdidos”

Página 1: Algo mágico en la plaza

Una mañana de domingo, algo distinto pasaba en la plaza del pueblo.

No había pantallas, ni cables, ni enchufes.

Había risas, color, y un grupo de adultos con mirada de niño.

—Hoy traeremos de vuelta los juegos del Chile antiguo —dijo la señora Clara, con un trompo en la mano.

Página 2: ¿Juegos sin electricidad?

Los niños y niñas miraban con sorpresa.

—¿Juegos… sin botones? —preguntó uno.

—¿Sin internet? —dijo otra.

—Así es —respondió don Patricio con una sonrisa—.

Vamos a jugar a las bolitas, al luche, a la cuerda, al emboque…

¡Como se hacía antes, cuando todo se jugaba con las manos, los pies y el corazón!

Página 3: Aprendiendo del Chile de antes

Los adultos contaban historias mientras enseñaban.

—Yo aprendí a lanzar el trompo con don Ernesto Salamanca, un sabio del barrio.

—Y yo aprendí a saltar luche con la tía Rosa, que decía que el juego limpia el alma.

Los niños escuchaban atentos, y los más grandes, también.

Página 4: La plaza se llenó de vida

La plaza se convirtió en un río de colores.

Había niños girando trompos como estrellas fugaces,

bolitas que brillaban al sol como tesoros,

y risas que saltaban entre las rayas del luche.

Hasta los abuelos jugaron, con ojos brillantes y pies ligeros.

Página 5: Patrimonio en movimiento

Al final del día, nadie quería irse.

—Los juegos criollos son parte de nuestro patrimonio —dijo la señora Clara.

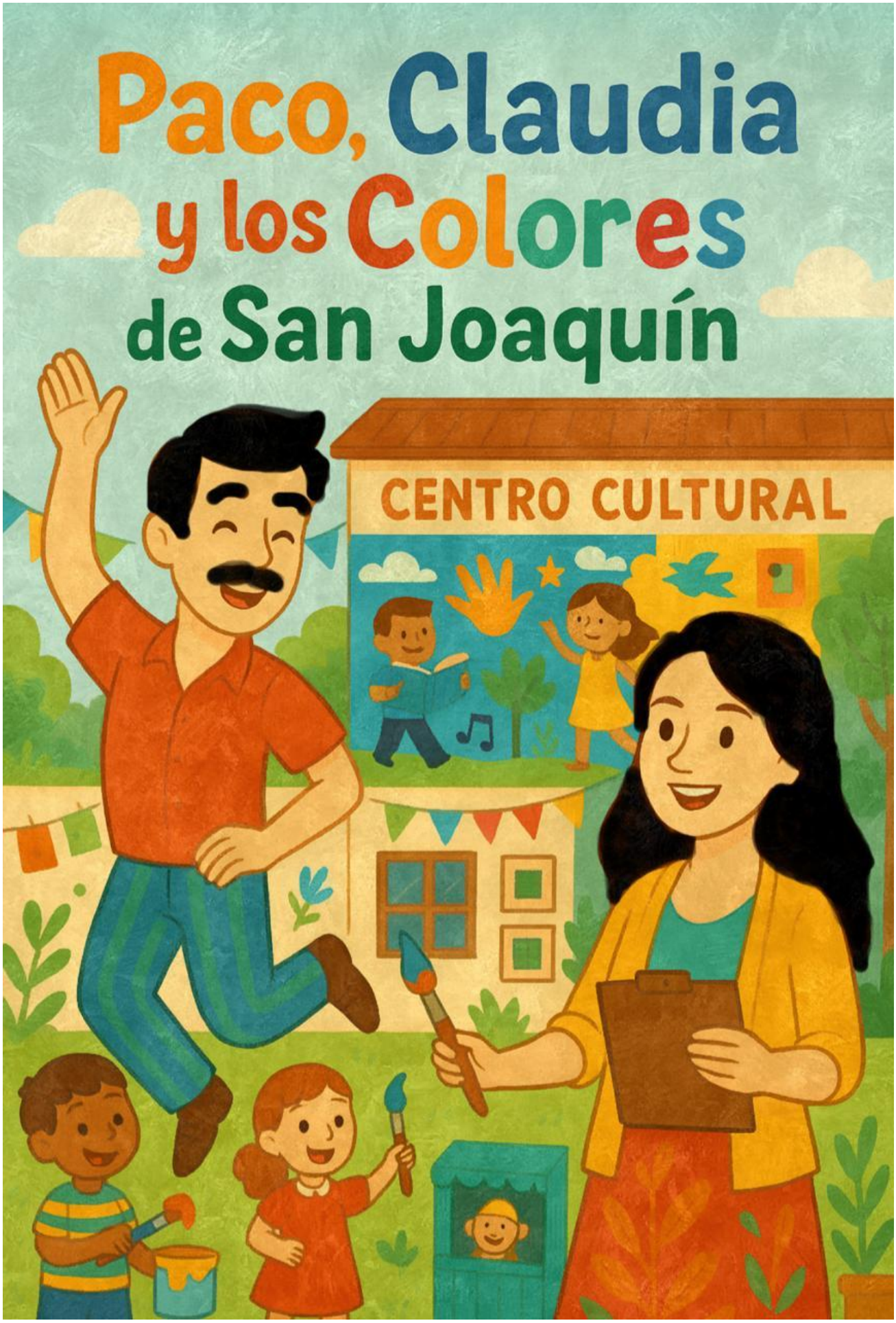
—Lo que aprendimos de Enrique Molina y tantos otros, sigue vivo —agregó don Patricio—.

Y así, entre polvo, risas y amistad, sembraron esperanza en el corazón del pueblo.

Porque en lo sencillo… también está lo hermoso.

FIN

Paco, Claudia y los Colores de San Joaquín



“Paco, Claudia y los Colores de San Joaquín”

Había una vez, en la comuna de San Joaquín, un lugar que parecía como esperando que algo mágico ocurriera. Ese lugar era el Centro Cultural, un edificio gris en su fachada, donde el viento hacía danzar las hojas secas. Pero todo eso estaba por seguir adelante con intensidad.

Un día, llegó Paco, un bailarín profesional que amaba moverse como el viento y el agua. Con cada paso, él contaba historias sin palabras: historias de alegría, de lucha, de esperanza. Paco no solo bailaba… ¡soñaba! Y su mayor sueño era llenar de arte y vida cada rincón del barrio donde él llegaba.

En ese mismo lugar trabajaba Claudia, la encargada del Centro Cultural. Claudia era una mujer alegre, con ideas luminosas como estrellas. Amaba las culturas, el teatro, los libros, y sobre todo… los niños y niñas que esperaban algo cultural nuevo cada tarde que se les convocaba.

Cuando Paco y Claudia se reunieron en dicho espacio cultural, algo especial ocurrió. Como si sus ideas se tomaran de la mano y empezaran a bailar.

—¿Y si pintamos un mural en la entrada? —dijo Paco una tarde.

—¡Con todos los colores del arcoíris! —respondió Claudia entusiasmada.

Y así fue. Por primera vez, autorizaron un mural gigante en el frontis del Centro Cultural. Vinieron artistas de la comuna, niños con brochas, vecinas con

ideas, y entre todos crearon un dibujo lleno de esperanza: memoria colores imágenes de la gran brigada.

Pero eso fue solo el comienzo.

Dentro del Centro Cultural empezaron a aparecer cosas maravillosas:

🎬 Películas para toda la familia.

🎭 Obras de teatro que hacían reír, llorar y aplaudir.

🎪 Títeres que hablaban con voces chistosas.

🎨 Cuadros pintados por artistas del barrio.

📷 Una exposición fotográfica con las memorias de la comuna.

Paco estaba atento para ver cómo se organizaban talleres donde hasta los abuelitos movían los pies. Claudia abría puertas y ventanas para que el arte entrara por todos lados. Y poco a poco, el Centro Cultural de San Joaquín se llenó de vida nuevamente.

Los niños decían:

—¡Vamos al Centro cultural, ahí pasan cosas mágicas!

Y las mamás comentaban en la feria:

—la gente que trabaja allá son como hadas y duendes del arte…

Los días pasaron, y la comuna empezó a cambiar. Había colores en los muros, música en el aire y sonrisas en los ojos.

Hasta que un día alguien escribió en una pared:

“El Centro Cultural de San Joaquín ya no es solo un lugar… ¡es un corazón que late con colores!”

Y desde entonces, todos supieron que mientras existan personas como los trabajadores y trabajadoras de las artes y las culturas, los espacios pueden despertar con colores, danzas, fotografías y ahora también con murales.

Panchito

El artesano del parque

Panchito, el Artesano del parque

Había una vez, en un rincón verde del mundo, un hombre no tan pequeño de corazón inmenso llamado Panchito. Trabajaba en una casita de madera que él mismo había construido, al pie del ecoparque espeso de flores y géneros en saberes.

Panchito era artesano de la madera, pero no un artesano cualquiera: jamás cortaba árboles vivos. Solo usaba ramas caídas, troncos que el viento había tirado o pedazos que parque dejaba en la orilla.

—“La naturaleza nos habla bajito,” —decía Panchito— “pero si la escuchas, te enseña a crear sin destruir.”

Cada día, Panchito caminaba con su carrito de herramientas entre los árboles, saludando a los pájaros, a los perritos y hasta a un viejo Lorito que le cantaba siempre la misma melodía. Observaba con cuidado lo que el parque le ofrecía, recogía con respeto y luego volvía a su taller.

Allí, con manos pacientes y corazón alegre, Panchito tallaba cosas de madera para niños y niñas, bancos para la plaza, macetas para flores y hasta pequeñas casas para duendes. Cada cosa que hacía tenía grabado un mensaje secreto: una hoja, una huella, una estrella… símbolos del amor por la tierra.

Una tarde de verano, llegó corriendo al pueblo una niña con los ojos llenos de lágrimas.

—¡El árbol del parque del frente lo quieren cortar! ¡Dicen que molesta! —gritó.

Panchito dejó sus herramientas, se puso su sombrero de paja, y sin decir palabra, caminó con ella hacia el otro parque. Allí estaba el gran árbol inmenso que daba sombra, albergaba pájaros, y cuya copa parecía tocar el cielo.

Cuando llegaron los trabajadores con sus sierras, Panchito se paró frente al árbol y levantó la voz, que era como un río tranquilo pero firme:

—“Este árbol no está solo. Es hogar, es aire, es historia. Si lo cortan, se llevarán más que madera.”

Los niños y niñas de la comuna llegaron también, con dibujos del árbol en sus manos, con canciones y palabras. Panchito les enseñó a defender con amor, no con rabia. Y los adultos, al verlos, comenzaron a recordar su propia infancia bajo las ramas del árbol.

Finalmente, los encargados del camino decidieron desviarlo. El gran árbol quedó en pie, y Panchito talló un letrero hermoso que decía:

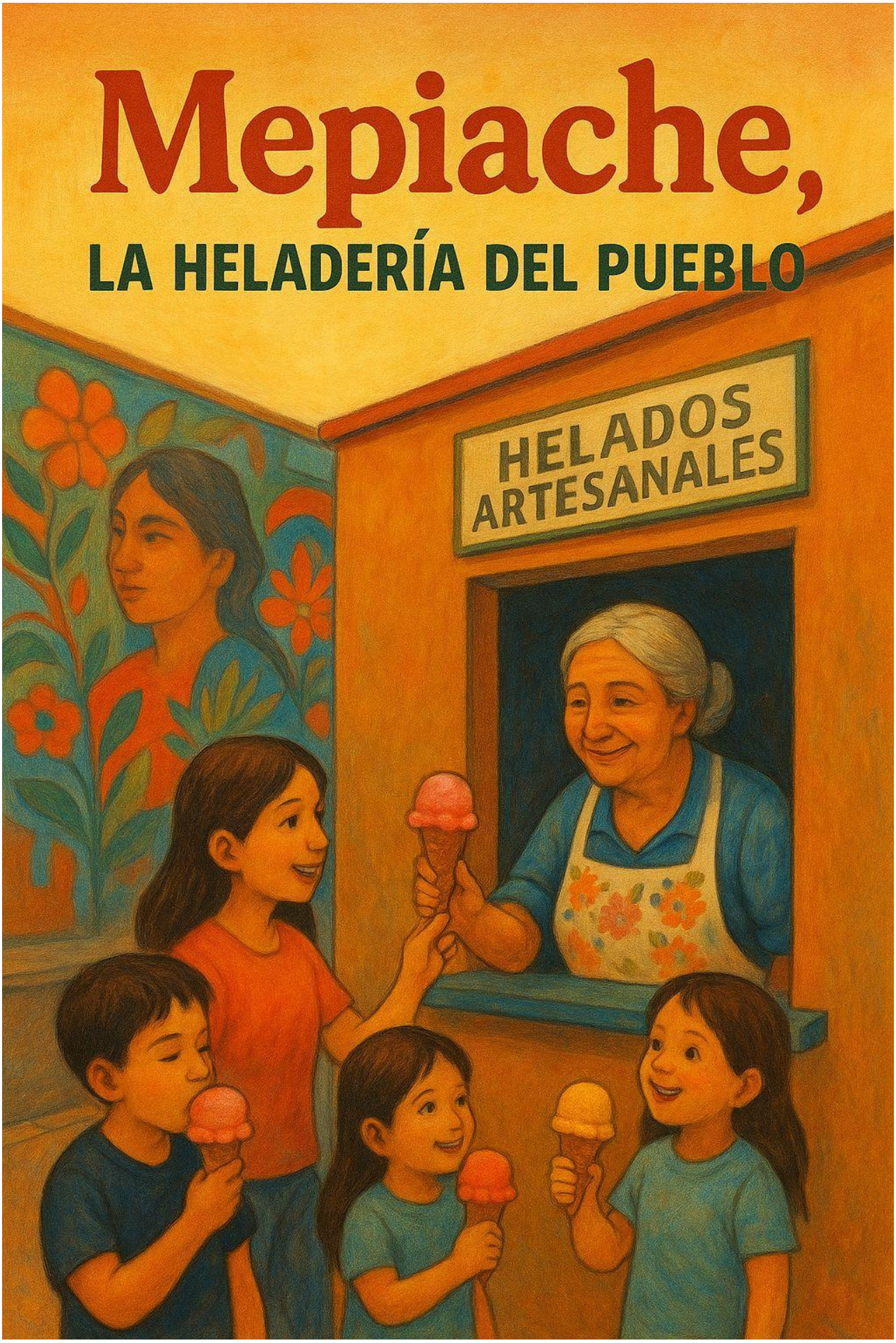
“Aquí vive un gigante que respira con nosotros. Cuídalo.”

Desde ese día, todos en la comuna aprendieron algo nuevo: que la madera puede ser arte sin ser herida, y que un corazón sencillo como el de Panchito puede cambiar el mundo.

Y así, entre virutas de madera y hojas del parque, Panchito siguió tallando sueños... siempre al ritmo del viento y de la tierra.

Mepiache,

LA HELADERÍA DEL PUEBLO



“Mepiache, la Heladería del Pueblo”

En el corazón de la población La Legua, donde las calles tienen historia y los muros hablan con colores, existe un lugar muy especial que todos conocen: la heladería Mepiache.

Mepiache no es cualquier heladería. Es una de esas que huelen a fruta fresca y a cariño. Desde hace muchos años —tantos que ni la abuelita del Salvador se acuerda cuántos—, Mepiache alegra las tardes de niños y grandes con sus helados hechos con pura fruta, sin químicos raros ni cosas extrañas. Solo fruta, amor y un poco de magia.

La dueña, la señora Ángela, es la misma de siempre. Con su delantal y una sonrisa que nunca se va, atiende cada día como si fuera el primero. Siempre su hijo la ayuda, pero la verdad es que nadie como ella con sus lentes atenta a que los helados salgan con fruta pura como a la gente le gusta.

“¡Mepiache!”, gritan los niños al salir del colegio, corriendo con monedas en la mano. Van todos juntos, como si fuera una tradición que se hereda. De hecho, lo es. Porque Mepiache ya estaba allí cuando la escuela estaba en la esquina donde hoy está el consultorio, cuando los árboles eran más bajos y los juegos de la plaza tenían columpios de fierro.

Los helados favoritos de todos son el de mango, el de melón y el de frambuesa. Pero si uno llega con tiempo y suerte, la señora Ángela te deja probar uno nuevo que esté inventando. “¿Quieres probar el de menta con sandía?”, dice con picardía. Y uno no puede decir que no.

Pero hay un día en el año en que Mepiache se transforma en algo aún más maravilloso: el Día del Patrimonio.

Ese día, la señora Ángela y su hijo David abren las puertas de su fábrica secreta donde nace la magia. Ahí muestra cómo se preparan los helados, con cuidado y amor, cómo se baten las frutas y cómo se enfrían en moldes antiguos que aún conservan el sabor de antes. Los niños miran asombrados, los adultos sonríen con nostalgia, y todos —todos— se comen un helado al final, como premio por aprender algo bonito.

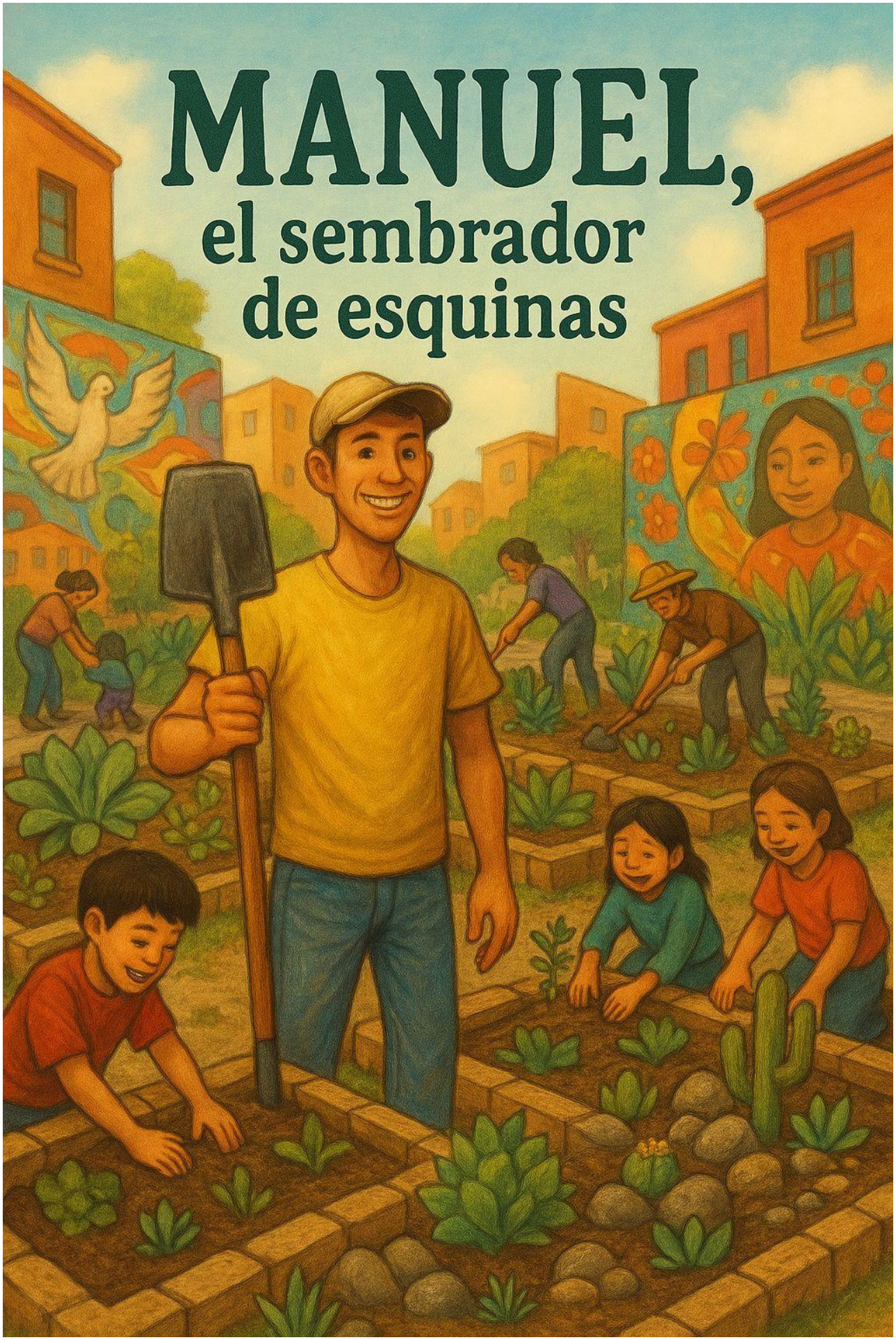
Mepiache no tiene luces de neón ni música fuerte. No lo necesita. Tiene el sabor de lo verdadero, el color de la fruta y el alma del barrio.

Por eso, cada vez que alguien dice “vamos por un helado”, no hay dudas de dónde ir.

Porque Mepiache no es solo una heladería.

Es parte de la historia viva de La Legua.

Es la heladería del pueblo. 🍦


MANUEL,
el sembrador
de esquinas

Manuel y los Rincones que Florecen

Un cuento sobre limpiar, soñar y transformar

Había una vez un joven flaco y sonriente que se llamaba Manuel. lentes grandes, una mochila con herramientas y un corazón lleno de ideas.

Aunque había estudiado biología marina para conocer los secretos del mar, Manuel decidió quedarse en la ciudad. Allí también había una naturaleza que necesitaba ayuda... pero estaba escondida debajo de montañas de basura y escombros.

—¿Por qué tiran todo aquí? —se preguntaba mientras caminaba por su barrio—. ¡Esto podría ser un jardín!

Cada esquina tenía su propio microbasural. Había sillones rotos, botellas vacías, bolsas, fierros, cajas, maderas viejas y más. A la mayoría de las personas ya ni les sorprendía. Algunos incluso decían:

—¡Es normal! Así son las ciudades.

Pero Manuel no pensaba igual.

Un día, se puso guantes, llevó una pala, unas macetas, piedras bonitas y plantas cactus que no necesitaban mucha agua.

—Aquí va a crecer algo hermoso —dijo, mientras sacaba los escombros.

Pasó una semana. Luego otra. La gente lo miraba raro.

—¿Y ese loco qué hace?

—¿Está jardineando en medio de la basura?

Pero Manuel seguía. Ponía carteles de colores que decían:

“Este lugar también merece cariño”

“Lo común también puede ser bello”

Un sábado, una niña se le acercó con su mamá.

—¿Puedo ayudarte a pintar piedras? —preguntó.

—¡Claro que sí! —respondió Manuel, feliz.

Desde entonces, todo cambió.

Un vecino trajo unas bancas de madera que arregló con clavos. Otra señora plantó flores. Un joven dibujó un mural. Un niño llevó semillas. Y así, sin prisa pero sin pausa, los microbasurales se transformaron en pequeños jardines urbanos.

Les pusieron nombres: El Rincón del Cactus, La Plazoleta de los Sueños, El Jardín del Pueblo.

Ahora, cuando alguien quiere tirar basura, siempre hay alguien que le dice:

—¡Eh, aquí no! Este lugar es nuestro. Se cuida, se riega, se comparte.

Y así, gracias a Manuel y su idea “loca” de creer que los rincones más feos podían florecer, la ciudad comenzó a respirar un poquito mejor.

Porque cuando se sueña en colectivo, incluso los basurales pueden volverse jardines.

ESPACIO MUJER SAN JOAQUÍN

un lugar diferente

Un cuento sobre un lugar donde
todas las historias comienzan... de otra manera

Narraciones proletarias

Dennise y espacio Mujer

Esta historia es en el corazón de un barrio cultural lleno de historia y lucha, un lugar distinto a todos los demás. Sus muros eran de un color morado suave, y desde lejos se podía oír el sonido de risas, canciones, tejidos que se entrelazaban y palabras de aliento como un canto colectivo. Aquella era el espacio Mujer, y su alma tenía razón de ser.

Dennise era la encargada actual una mujer de mirada firme, voz ronca y pasos decididos. A veces llevaba una flor en el cabello y una libreta en la mano, donde anotaba sueños, ideas y versos que le regalaban otras mujeres. Había estado desde el inicio del espacio junto a un grupo de mujeres, con la esperanza de crear un refugio donde todas pudieran sentirse seguras, escuchadas y libres.

Cada mañana, cuando el sol apenas acariciaba los tejados, Dennise abría la puerta grande del espacio. Un suave aroma a lavanda y hierbas medicinales se mezclaba con el vapor del mate, café o te. Las primeras en llegar eran las tejedoras: mujeres de manos sabias que hilaban historias con lana de mil colores.

—¡Buen día, hermanas! —decía Dennise, abrazando a cada una.

Después venían las del taller de cerámica, las de costura creativa, las que cultivaban en el huerto, y hasta niñas y abuelitas que solo querían sentarse bajo el árbol del patio delantero.

Pero los jueves eran días especiales: se reunían todas para hacer yoga del alma en la sala de luz, una pieza donde los ventanales dejaban entrar el cielo. Con colchonetas violetas y música suave, y un mural pintado por un artista del barrio respiraban juntas como si el mundo entero se tomara una pausa.

—Inhala confianza… exhala el miedo —decía madelein la instructora, con voz suave

—Inhala ternura… exhala el dolor —repetían las demás, como un mantra de flores.

Después del yoga, compartían pan amasado, intercambiaban semillas, pintaban con tintes naturales y hablaban de sus vidas. Allí nadie juzgaba. Si una lloraba, la otra tejía silencio. Si una reía, la otra escribía un poema. Porque el espacio, cada emoción tenía lugar.

Un día, una niña que pasaba por fuera se asomó a la ventana. Llevaba los zapatos rotos y una mirada curiosa. Dennise la vio, le sonrió y le dijo:

—¿Quieres entrar?

La niña asintió. Dentro encontró una ronda de mujeres que tejían, pintaban y respiraban como si fueran árboles.

—¿Qué es este lugar? —preguntó tímidamente.

—Es donde las mujeres volvemos a florecer —le respondió una abuela.

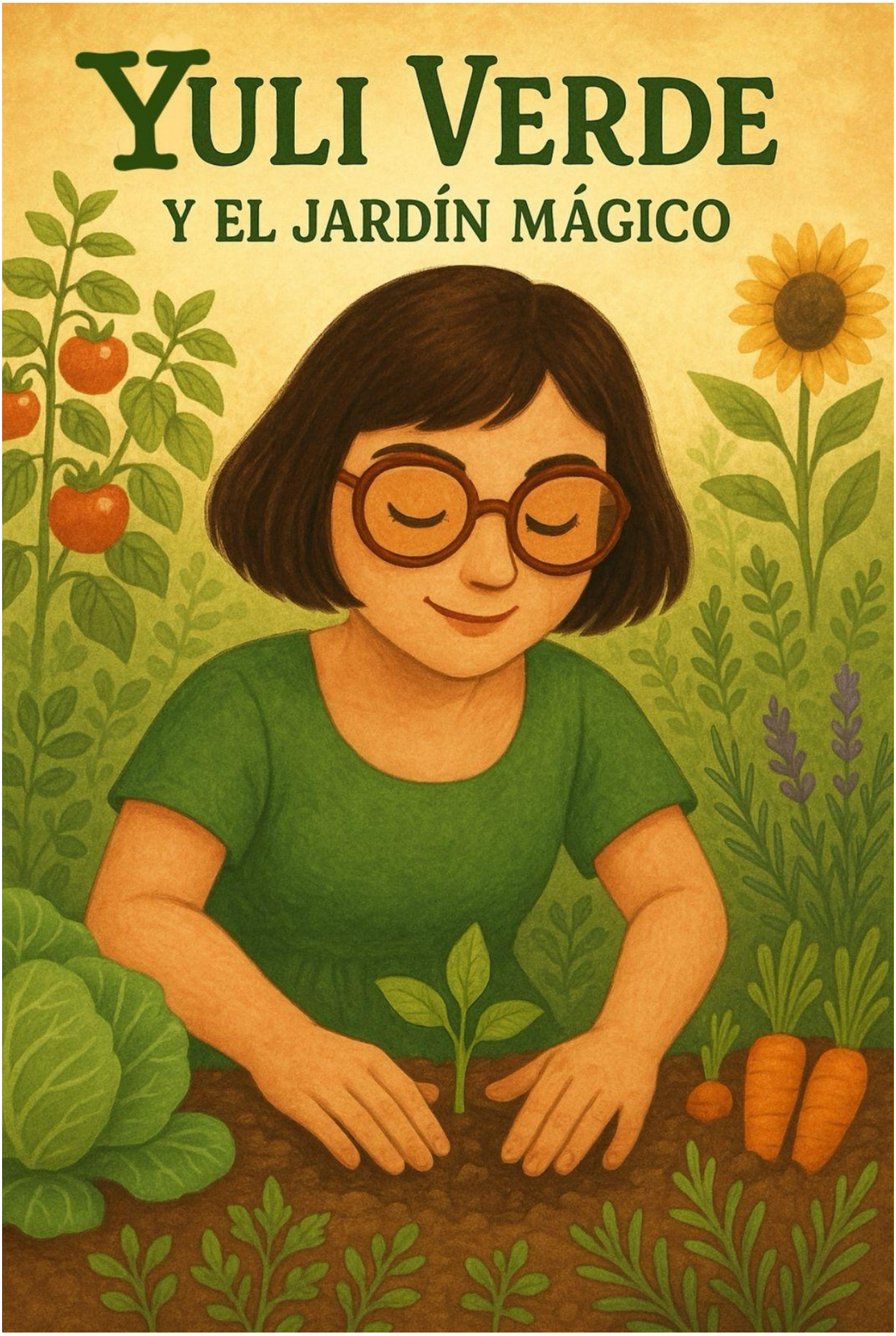
Desde entonces, muchas más llegaron. Algunas venían tristes, otras confundidas. Pero todas, al pasar por esa puerta morada, encontraban un poquito de sí mismas. Porque el espacio Mujer no era solo de paredes, era un corazón que latía con cada abrazo, cada palabra compartida, cada acto de ternura.

Y Dennise, siempre con sus lentes de sol en el cabello y su libreta bajo el brazo, seguía escribiendo lo que allí florecía:

“Aquí donde las mujeres somos raíz y ala.

Aquí donde el morado no es solo color, sino esperanza.

Aquí donde ninguna camina sola.”


YULI VERDE
Y EL JARDÍN MÁGICO

Yuli Verde y el Jardín Mágico

Había una vez, en un pequeño sector rodeado de cerros y nubes juguetonas, una joven llamada Yuli Verde. No era su apellido verdadero, pero todos le decían así porque amaba el color verde y tenía un don muy especial: con sus manos, lograba que las plantas crecieran sanas, fuertes y felices.

Yuli no era común. En lugar de jugar con tablets o ver televisión todo el día, pasaba las tardes entre la tierra húmeda, hablando con las plantas, acariciando sus hojas y sembrando con mucho cariño. Sus preferidas eran las verduras y las hierbas medicinales.

—Aquí va una semilla de zapallo, para dar fuerza a quien lo necesite —decía mientras la cubría con tierra suave.

—Y esta es de menta, para calmar las penas del estómago y del corazón —susurraba con una sonrisa.

Su jardín no era muy grande, pero parecía mágico. En primavera, los tomates cantaban con el sol, la albahaca bailaba con el viento, y los girasoles miraban a Yuli como si fueran sus guardianes.

La gente del sector a veces pasaba por su huerto solo para oler la lavanda o probar una hojita de orégano fresco. Yuli siempre les decía:

—Las plantas son sabias.

Tienen secretos que nos cuidan, que vienen de los abuelos y las abuelas, de tiempos antiguos. Solo hay que escucharlas con el corazón.

Un día, una gran sequía llegó al pueblo. Los campos se secaron, los árboles estaban tristes y muchas huertas dejaron de dar frutos. Pero el jardín de Yuli Verde seguía verde y lleno de vida. ¿Cómo lo hacía?

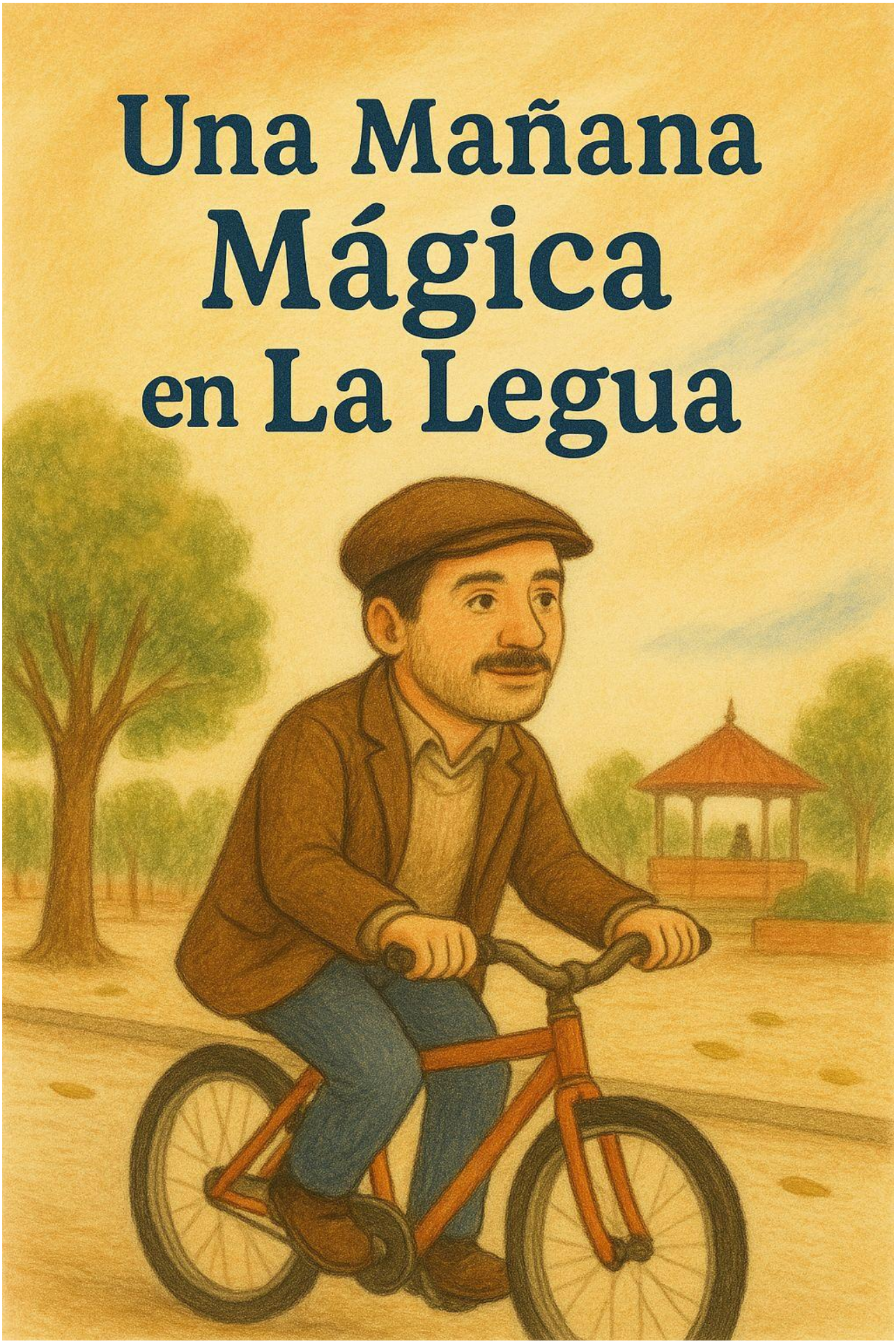
—El secreto está en el cariño —respondía ella—. Cada planta necesita agua, sí... pero también palabras dulces, manos suaves y una intención buena. Las plantas sienten, igual que nosotros.

Entonces, los vecinos comenzaron a imitarla. Dejaron de arrancar las hierbas "feas", aprendieron a cuidar la tierra con compost, a sembrar en luna nueva, y a agradecerle a la Pachamama. Poco a poco, el pueblo floreció de nuevo, y Yuli Verde se convirtió en una maestra, aunque seguía siendo una joven con alma de niña.

Desde ese día, su jardín se llamó El Jardín de la Vida, porque enseñaba que cultivar no era solo para comer, sino para sanar, compartir y recordar los saberes antiguos.

Y Yuli Verde siguió sembrando... con las manos llenas de tierra y el corazón lleno de amor.

Una Mañana Mágica en La Legua



“Una Mañana Mágica en La Legua”

Cada mañana, yo salgo en mi bicicleta, como siempre, pedaleando por las calles de mi querida población La Legua.

Pero esa mañana, algo cambió.

Al pasar por la plaza —esa misma que a veces estaba sucia, callada o vacía—, vi algo que me hizo frenar de golpe:

¡estaba llena de vida!

Niños y niñas de la Escuela Juan XXIII corrían, jugaban, leían y charlaban. Sus risas volaban como pájaros por el aire.

Las baldosas parecían brillar con sus pasos. Las bancas, los árboles y hasta el quiosco viejo sonreían.

Seguí pedaleando, curioso y feliz. Y entonces, más adelante, encontré otra sorpresa.

Un grupo de estudiantes caminaba junto a sus profesoras por el “Museo de Murales Legua Esperanza”.

Las paredes hablaban con colores, y una bella profesora contaba las historias escondidas en cada trazo.

Los niños escuchaban con ojos brillantes, como si cada mural fuera un tesoro recién descubierto.

Reían, preguntaban, soñaban.

Todo era mágico.

Y pensé:

dicen que esta es la población más peligrosa de Santiago...

pero yo me pregunto...

¿Será que la alegría asusta a algunos?

¿Será que ver a los niños felices y libres en las plazas, jugando y aprendiendo,

es lo más valiente que podemos mostrar?

Porque esa mañana, La Legua no fue peligrosa.

Fue maravillosa.

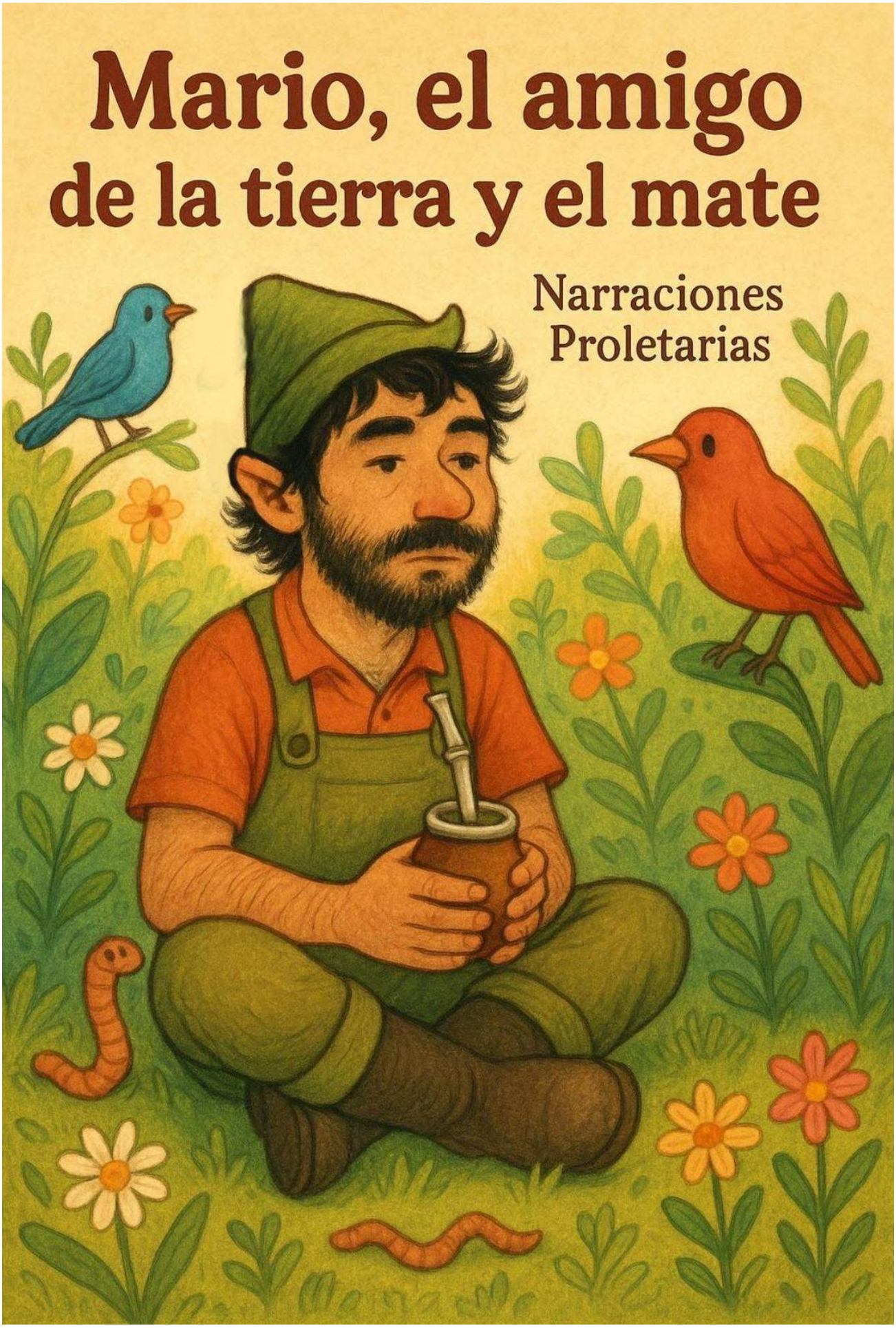
Fue esperanza pintada en murales,

fue la risa de una escuela llenando las calles.

Y yo, en mi bicicleta, no dejé de sonreír

Mario, el amigo de la tierra y el mate

Narraciones Proletarias



Mario, el Amigo de la Tierra y el mate

En un rincón soleado del parque, donde los árboles son testigos del día a día, las mariposas revolotean como si quisieran comunicarse, esta Mario (marito).

Tiene las manos curtidas por la tierra, un gorro para el frio matinal y siempre lleva un termo bajo el brazo, porque nunca falta su mate, amargo y caliente, para acompañar la jornada.

Mario no está solo. Su lugar es como un jardín con mesas, huertas en bancales, y vida por todos lados. Las lombrices lo conocen bien, porque él nunca las pisa ni las molesta. “Ustedes hacen magia debajo de la tierra”, les dice mientras cava con cuidado. A las plantas les canta bajito cuando riega, como si fueran niñas pequeñas que necesitan dulzura para crecer. Y a las aves… ¡a las aves les habla como si fueran amigas de toda la vida!

—Buen día, Zorzalitos ¿cómo estuvo su descansaron anoche? —pregunta mientras sorbe un largo trago de mate.

—¡Piu-piu! —responden los pájaros desde el árbol más grande del sector —. ¡Bien, Mario, gracias por dejar las migas en la mesa del fondo!

A veces los vecinos lo ven hablando solo y se ríen bajito.

—Ese Mario que es simpático —dicen algunos.

Pero los niños que van a ese lugar lo saben bien: Mario entiende el idioma de la naturaleza.

Una mañana, mientras plantaba unos tomates con los niños de la 480, notó que el suelo estaba muy seco.

—Algo nos quiere decir la tierra —dijo pensativo, mirando el horizonte—. Está pidiendo que la cuidemos.

Juntó a los niños y niñas de la escuela, y entre todos comenzaron a juntar hojas secas para hacer compost, a sembrar flores para las abejas y a regar solo con agua de lluvia.

—Cada vez que cuidamos algo, ese algo nos cuida —explicaba Mario, cebando mate para los adultos que se sumaban—. La naturaleza no es muda, solo hay que aprender a escuchar.

Pronto, el patio se transformó en una escuela sin pizarras: allí se aprendía con los pies en la tierra, las manos en en la naturaleza y los oídos abiertos al viento.

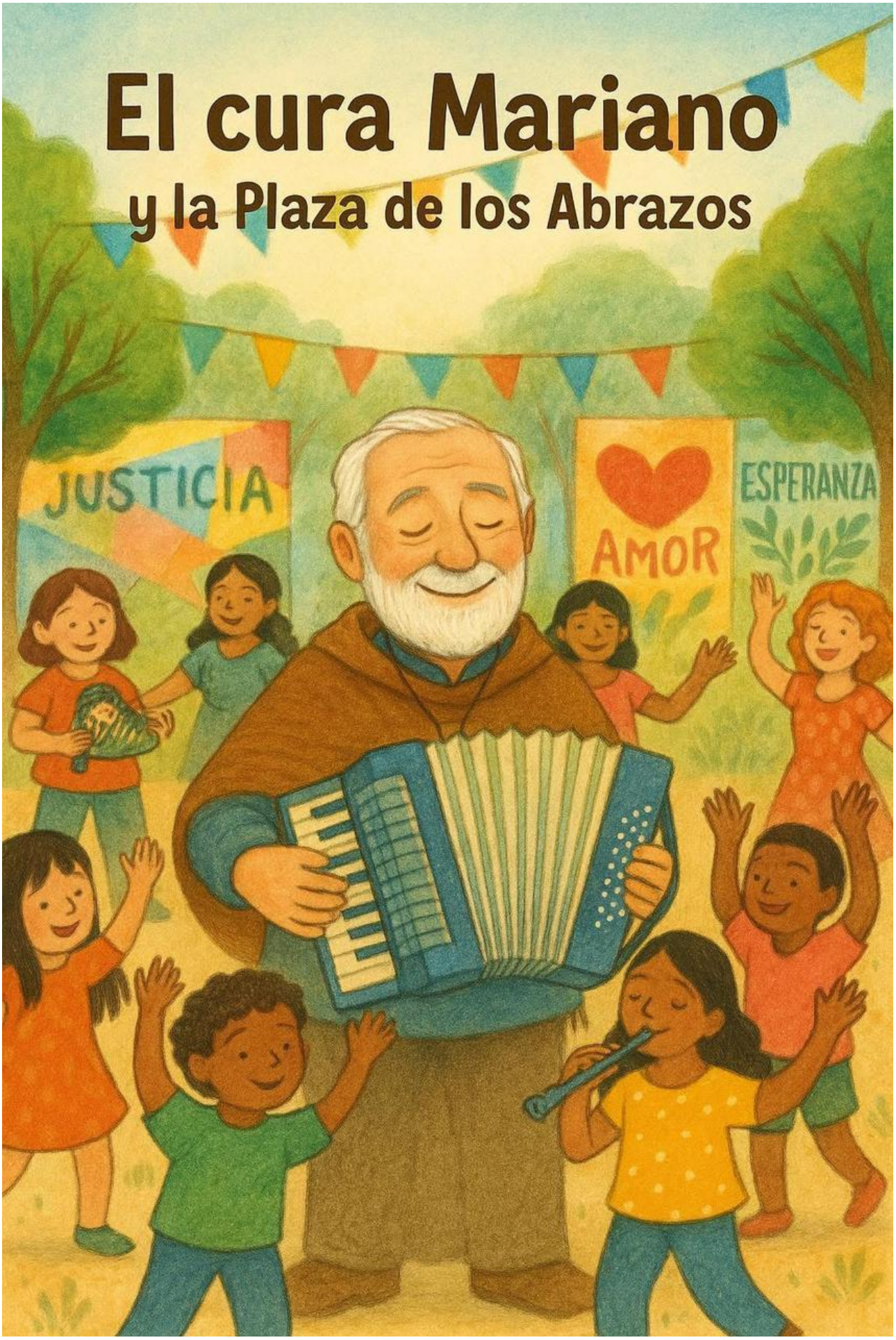
Y así, con su gorro de lana, su termo bajo el brazo y una sonrisa tranquila, Mario siguió enseñando a conversar con la vida.

Porque para él, cada árbol tiene memoria, cada pájaro tiene historia y cada mate… trae una charla nueva con la naturaleza.

Y cuando es en la escuela 480 u otro espacio estudiantil mejor por qué el sembrado también va a ellos a las nuevas generaciones que florecen de manera distinta.

El cura Mariano

y la Plaza de los Abrazos



“El cura Mariano y la Plaza de los Abrazos”

Cuento infantil inspirado en el pensamiento y vida de Mariano Puga

Había una vez un hombre que vivía en una casita chiquitita, en medio de una población llena de niños que corrían, jugaban y a veces también lloraban por las penas del barrio. Ese hombre usaba una camisa vieja, sandalias gastadas y una cruz de madera que llevaba colgada al cuello. Todos le decían el cura Mariano.

Pero Mariano no era un cura cualquiera. ¡No, señor! Mariano no vivía en iglesias grandes ni daba misas con trajes brillantes. Él vivía donde vivía la gente: en casas humildes, entre las vecinas que hacían pan y los niños que soñaban con bicicletas.

—¿Y tú qué haces, Mariano? —le preguntaban a veces.

Y él respondía:

—Yo escucho. Escucho los gritos del pueblo, los dolores que nadie quiere ver... y también las risas que nacen de la esperanza.

Una mañana, Mariano se levantó con el corazón apretado. Miró por la ventana y vio a su gente triste, cansada. Nadie se reía, nadie cantaba, nadie bailaba. Las noticias decían palabras raras como “crisis”, “pobreza”, “desigualdad”. Y Mariano pensó:

” ¿Cómo es que llegamos a este punto? ¿Qué hemos hecho para olvidar lo que más importa: el amor entre nosotros?”

Así que se puso su poncho, agarró su acordeón y salió a la calle. Caminó hasta la Plaza dignidad, que ese día estaba llena de gente gritando por sus derechos. Pero Mariano no quería gritar. Quería transformar el dolor en algo nuevo.

Subió a una banca y dijo fuerte:

—¡Aquí no haremos guerra! ¡Aquí haremos una fiesta! ¡Una fiesta del pueblo!

Y de pronto llegaron los acordeonistas, los guitarristas, las niñas con pañuelos de colores, los abuelos con sus bastones, los niños con sus zancos, y todos comenzaron a bailar. La plaza se volvió un remolino de abrazos, de risas, de esperanza.

Mariano miró todo eso, con los ojos llenos de lágrimas.

—Este es el Reino de Dios —susurró—. Cuando compartimos el pan, la palabra y el corazón.

Desde ese día, la gente empezó a llamar a ese lugar la Plaza de los Abrazos. Y aunque algunos decían que Mariano estaba loco, él solo respondía con una sonrisa:

—Si estoy loco, es por amor. Por el amor de Jesús y por el amor de mi pueblo.

Y así, con su acordeón al hombro y cruz de madera al pecho, el cura Mariano siguió caminando, bailando, soñando con un mundo donde nadie tenga miedo de reír.

Escrito por poesías proletarias

MÁS QUE FÚTBOL
El Gran Partido de la Vida
LEGUA JUNIORS
LEGUA JUNIORS
LEGUA JUNIORS
LEGUA JUNIORS

🏆 “Más que Fútbol: El Gran Partido de la Vida”

En un barrio lleno de murales, además muchos sueños, existía un club especial llamado Legua Juniors. Allí no solo se entrenaba fútbol, se entrenaba el corazón. Cada tarde, los niños llegaban corriendo, sus zapatos llenos de ilusiones y los ojos brillando de emoción.

El equipo estaba formado por chicos y chicas de todos los colores y tamaños: Mateo, que soñaba con ser arquero de la selección; monse, la más rápida del equipo; bruno, que siempre levantaba a quien se caía; y manu, que decía que en la cancha era feliz como un pez en el agua.

El entrenador, tenía una frase que repetía en cada encuentro deportivo:

—“No se están formando solo para jugar fútbol... se están formando para la vida.”

Los chicos no lo entendían del todo. Para ellos, jugar era lo más importante. Pero el tiempo les fue mostrando lo que el profe quería decir.

Un día, en medio de un entrenamiento, bruno se cayó fuerte. Todos corrieron a ayudarlo, pero él se levantó con una sonrisa.

—“¡Estoy bien! ¡El partido no espera!”

—“Eso es tener fuerza interior,” dijo el profe.

—“Caerse y levantarse, una y otra vez.”

Otro día, monse tuvo que sentarse en el banco. No le gustó mucho, pero aplaudió con todo el corazón a sus compañeros.

—“Eso es aprender a ser paciente y apoyar al equipo,” dijo el profe.

—“No siempre se gana jugando, a veces se gana esperando.”

Durante un torneo, Legua Juniors perdió por un gol. Algunos lloraron, otros bajaron la cabeza. Pero la alegría de la música rumbo a la sede los abrazó y todos pensaron:

—“Hoy no ganamos la copa, pero ganamos en esfuerzo.”

—“Eso es tener carácter,” dijo el profe.

—“Dar lo mejor de uno, incluso cuando nadie está mirando.”

Y así, entre goles, abrazos, derrotas y festejos, los niños entendieron algo importante: cada pase, cada entrenamiento, cada corrección del profe…

todo los estaba formando como personas.

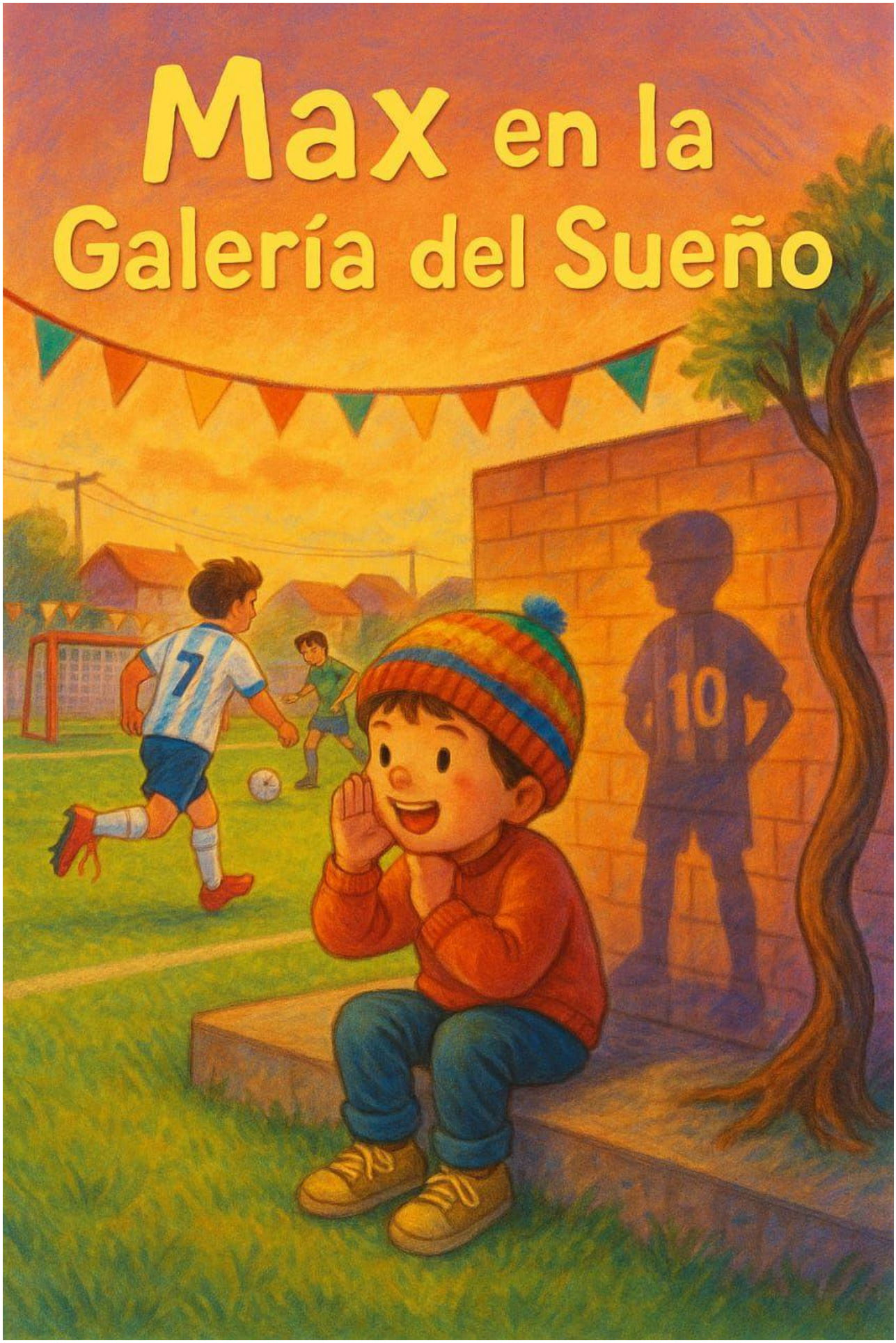
Porque el verdadero gol no era solo meter la pelota en la red...

Era ser solidarios, fuertes, valientes y respetuosos dentro y fuera de la cancha.

Desde entonces, el escudo de Legua Juniors brillaba más fuerte. No por las medallas, sino porque cada niño y niña que jugaba en el club sabía que estaba aprendiendo mucho más que fútbol.

Estaba aprendiendo a vivir.

Esa tarde todos en la sede fueron felices jugando taca taca, comiendo choripán o en los juegos inflables mientras seguía sonando la música y mateo bailaba junto a su equipo.


Max en la
Galería del Sueño
7
10

“Max en la Galería del Sueño”

Cada fin de semana, muy temprano en la mañana, el pequeño Max se ponía su gorro favorito y apretaba bien fuerte la mano de su hermano Diego. Juntos caminaban por las calles de la población El Pinar, esquivando charcos y saludando a los vecinos, rumbo a su lugar favorito: la cancha de fútbol que antes era de tierra, pero ahora de pasto verde verde verde , siempre mira los arcos de fierro y le gustan los gritos de gol.

—¡Vamos, Max! Que hoy jugamos contra la Villa Esperanza —decía Diego, cargando sus zapatillas con los cordones rojos colgando del cuello.

Max era el menor, tenía solo unos pocos años, pero conocía cada piedra de esa cancha como si fuera su propio castillo. Su lugar era siempre el mismo: la galería de junto al árbol torcido del córner sur.

Desde ahí, Max veía a su hermano correr como rayo por la banda izquierda y a Manolito, el mejor amigo de Diego, meter pases mágicos con la zurda.

—¡Vamos, Diego! ¡Vamos, Manolito! —gritaba con las manos en forma de megáfono, mientras sus pies no paraban de patear una pelotita invisible.

El partido comenzaba, y aunque no jugara, Max vivía cada jugada como si fuera parte del equipo.

Cuando hacían un gol, Max saltaba con los brazos al cielo como si él lo hubiera metido. Y cuando perdían, bajaba la cabeza, pero igual corría a abrazar a su hermano, diciéndole:

—¡La próxima será, Diego! ¡Jugaste bacán!

Una tarde, mientras la luz naranja del sol se colaba entre los cables de la población, Max se quedó solo en la galería, mirando cómo su sombra jugaba con una pelota imaginaria.

De pronto, cerró los ojos y se vio ahí abajo, con camiseta de rayas, el número 10 en la espalda y todo el equipo gritándole:

—¡Dale, Maxito! ¡Haz tu magia!

Abrió los ojos con una sonrisa. Sabía que algún día ese sueño se haría realidad.

Y así pasaban los fines de semana en El Pinar: con Max en la galería, Diego y Manolito en la cancha, y el fútbol de barrio latiendo fuerte, como un corazón de cuero pateado por niños que no dejaban de soñar.

Porque en cada grito de gol, Max tejía un futuro con sus propios pies.

LeguaYork
y el ritmo del barrio

“LeguaYork y el ritmo del barrio”

En una población llena de colores, murales y sueños, vivían cuatro amigos que tenían un secreto: cuando se juntaban, el barrio cantaba.

Peterponx, Lulo, rolando y isaac eran parte de un grupo llamado LeguaYork, porque vivían en La Legua y soñaban que cualquier lugar del planeta podía ser el epicentro del mundo no solo Nueva York como otros decían.

—¡Vamos a hacer que el barrio suene! —decía Peter, golpeando una caja como si fuera un ritmo afro.

—¡Que suene con lo que sentimos! —respondía lulo, mientras rimaba con voz valiente y alegre.

Cada tarde, después del colegio, se reunían en la esquina con un micrófono imaginario más sus croqueras y lápices viejos. Allí componían canciones sobre lo que veían y sentían: la abuela que cocina pan amasado, los perros callejeros con cara de sabios, los juegos en la calle, y también las penas que a veces llegaban sin preguntar.

Isaac escribía en su cuaderno con dibujos. Rolando hacía los ritmos con una botella, una piedra y sus manos. Todos tenían algo que decir, y lo hacían con palabras que bailaban: rap del corazón.

Un día, llegó un señor muy serio de la junta de vecinos. Dijo que podía hacer eso en la sede vecinal. Que no podían seguir cantando ahí por el frio que hacía.

—¿Y vamos a poder hacer rap? —preguntó Lulo.

El señor de apellido molina respondió. Solo si también participan en las reuniones con los demás vecinos.

Los jóvenes estaban intrigados. Pero entonces, el abuelo de rolando, que siempre los escuchaba desde la ventana, tuvo una idea.

—Si hagan música música allá, ¡hagan que la música entre a la escuela, al centro comunitario, al almacén y hasta al paradero!

Así nació esa verdadera Escuela del Ritmo leguina, un pequeño espacio donde niños y niñas del barrio podían escribir canciones, compartir historias y aprender a cantar lo que llevaban en el alma.

LeguaYork no paró de sonar. Grabaron su primer disco en una pieza con cajas de huevos y rayados en las paredes. Lo llamaron “Desde el laboratorio”. Su música cruzó barrios, ciudades y hasta países.

Pero lo más importante es que nunca dejaron de cantar con el corazón del barrio, con las voces de quienes no siempre eran escuchados.

Y desde entonces, cada vez que alguien pasa por La Legua y escucha una rima en el aire, sabe que LeguaYork sigue ahí, recordando que la música también puede ser hogar, memoria y futuro.

TODAS LAS HISTORIAS

Acá escritas

SON DE

NARRACIONES PROLETARIAS

GUSTAVO LULO ARIAS

DEDICADA A

LA COMUNA DE

SAN JOAQUÍN

Y SUS HABITANTES